

RAFAEL HERRERA GUILLÉN (2013), *BREVE HISTORIA DE LA UTOPIA*, MADRID, NOWTILUS, 320 pp.

“no se trata de crear un sistema utópico u otro, sino de participar conscientemente en el proceso revolucionario histórico de la sociedad que está sucediendo ante nuestros propios ojos”.

KARL MARX

“las ideas surcan la historia como en una corriente marina en cuyo oleaje se une lo más lejano del pasado con lo más cercano del presente, hasta arribar en el futuro”.

RAFAEL HERRERA GUILLÉN

Para el neoconservadurismo, como la filosofía política, social y económica en boga, la caída del Muro de Berlín es la muestra palmaria de que los neoconservadores son dueños de la *Razón en la Historia*, al declarar con antelación la imposibilidad e inviabilidad histórica de cualquier eventual experiencia utópica. A partir de ese acontecimiento histórico, de la noche a la mañana se pasa de la tesis del fin de la utopía a la certeza de su muerte. Por lo que se entiende del asunto, lo único que queda es el supuesto de no tener más camino ni remedio que reconocernos en lo que consideran es, y ha sido siempre, la única utopía verdadera: la utopía liberal en su despliegue y desarrollo actual, esto es, la implementación de políticas de desarrollo económico de corte neoliberal a escala global. En su expresión más radical, esta utopía se expresa como un simple y vulgar neoconservadurismo o ultraliberalismo incapaz de ocultar sus apetitos y afanes privatizadores. Frente a este cuestionable mundo social de vida, la existencia y defensa del individualismo sólo es una absurda retórica de intransigencia, en la medida en que millones de hombres y mujeres son a diario atropellados y arrojados a la marginación, la exclusión y la pobreza.

Reseña

Es importante recordar que los neoconservadores aceptan como axioma de la acción social la ocurrente idea de Margaret Thatcher, en la cual la famosa “Dama de Hierro” afirmó que no existe la sociedad, sólo el individuo. A su vez, otros no menos cuestionables desplantes —forman parte de la dogmática de la era neoliberal o neoconservadora, que si bien se relacionan con la manera y forma en que fueron y siguen siendo proyectados ciertos ideales libertarios— se vuelven inaceptables por su caprichosa pretensión de cancelar el futuro en cualquiera de sus infinitas posibilidades, en particular aquellas que encierran las potencialidades reales de ciertas tendencias históricas de una sociedad que, a través de los conflictos y contradicciones históricas, políticas y sociales que la han configurado y determinado, conjuga fuerzas sociales promotoras y gestoras de cambios históricos de gran envergadura.

Tales fuerzas se relacionan con todo aquello que, a la fecha, ha inquietado más al conservadurismo antiguo y moderno: la negación de la propiedad privada; el rechazo a la acumulación de la riqueza individual —la cual alcanza niveles incomprensibles que rebasan todo límite moral—; y la proyección de procesos de colectivización que aceleran, hipotéticamente, la socialización de los bienes y servicios históricamente disponibles en una sociedad determinada.

Lo que se rechaza es la peregrina y pueril idea de la muerte de la utopía, por la simple razón de que en estos tiempos se gestan nuevos ideales libertarios, pero sobre todo igualitarios, como señal de una nueva condición histórica a través de la cual se quiere volver a colocar al hombre en el centro del drama histórico de la experiencia humana. Este nuevo tiempo de la historia obliga y plantea la necesidad de reformular, por enésima vez, la idea de utopía.¹

1 En un programa de radio de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) en España, transmitido en octubre de 2013, y posteriormente en el marco del XVII Congreso Internacional de Filosofía celebrado en la ciudad de Morelia en abril de 2014, me permití presentar este texto para su discusión. Ahí el autor del libro aquí comentado me señaló que la idea principal del mismo nace con el *movimiento de los indignados* que, como se sabe, es un referente imprescindible y necesario para reformular la idea de utopía. Es, en otros términos, tanto para él como para mí, una desmesurada utopía en cuanto se busca cambiar radicalmente la realidad social sin romper un vidrio; asimilando toda esa extraordinaria historia como una interesante y valiosa experiencia humana; es la buscada y anhelada utopía de realizar un cambio social sin violencia. Por ello, me decía, lo urgente ahora es, en estos tiempos turbios y dominados por las tinieblas del neoliberalismo, y por la depredación y explotación capitalista globalizada, replantear y reformular una idea que ha sido marginada dada la

Ésta es la clave de lectura del estudio sobre el problema y trayectoria histórica de la idea de utopía hecha por Rafael Herrera Guillén, la reformulación de dicho concepto no puede ignorar ni dejar de lado los aspectos más relevantes de lo que esta idea ha implicado en términos teóricos y prácticos a lo largo de cinco siglos, es decir, cuando a Tomás Moro se le ocurrió escribir y publicar su famosa ironía político-social. Para Herrera, la utopía es producto de una larga tradición histórica, cultural y política que, al conjugar dos hondas raíces de la historia de la civilización Occidental —la greco-latina y la bíblico-cristiana— proyecta toda una serie de imaginarios político-sociales que han modelado, se acepte o no, el propio desarrollo y evolución histórica de la Modernidad.

De este modo, la utopía es reconocida, en principio, como uno de los productos más genuinos de la historia de Occidente y como una cuestión que se convierte en la fuerza más perturbadora e inquietante para la Modernidad, en particular, para la filosofía política moderna. Por ello, de acuerdo con el autor, la utopía no es ni debe ser asumida como un producto subalterno, marginal o subsidiario de los grandes sistemas filosófico-políticos de los últimos cinco siglos, ya que es resultado de un sistema de racionalidad crítica que no niega las pretensiones negativas, es decir, emancipadoras e igualitarias, que contiene y expone abiertamente y a las cuales se les acusa de ser la reiterada experiencia y exposición de un insistente subjetivismo, no exento de desplantes moralinos. Sin embargo, tal cosa no deja de ser, incluso por las formas narrativas que asume, parte inevitable e incuestionable de la penetrante crítica que establece respecto de las formas de dominación hasta hoy históricamente conocidas, pero referidas todas ellas en general a los sistemas de desarrollo y evolución de la sociedad capitalista.

Lo que la *correcta* filosofía política no reconoce ni acepta del pensamiento utópico es su supuesto irracionalismo motivado por irrefrenables desplantes visionarios y proféticos que han conducido a la presencia del terror y del totalitarismo. En especial, a partir de la recurrente invocación al *Apocalipsis revolucionario*, como parte y fundamento perenne del racionalismo utópico, en el cual confluyen infinidad de imaginarios de salvación que van, desde el más chato milenarismo, hasta el éxtasis alegórico de la sociedad de los iguales. Afirmaciones como éstas son aceptadas y reconocidas incluso por las formas más elementales del sentido común. Pero la cuestión

efectividad del poder neoliberal y global. Así nació la idea de escribir esta breve historia de la utopía, que es una valiosa aportación al movimiento de los indignados.

Reseña

imperante que invariablemente pone de relieve el utopismo, no sólo es encontrar la salida del Infierno, sino cómo hacer de esta tierra un Paraíso presente. La utopía neoliberal también ofrece el Paraíso, pero según el curso de las cosas tal vez esto se logre por allá de las últimas calendas griegas.

Nadie niega que la utopía y la tradición utópica que se ha desarrollado por las tierras de Occidente y sus confines de dominación, una vez que Tomás Moro escribió y publicó por vez primera su reconocida e inmortal *Utopía* (1516), sea tal vez la suma de una serie de esperanzas poéticas, como lo advierte Herrera en su estudio histórico sobre dicho fenómeno. Él asume, siguiendo a Kant, que la utopía, incluso en estos tiempos de crisis, no deja de ser un ideal regulativo, que se proyecta como fuerza vital en los intensos y dramáticos combates en la Modernidad. Esto implicaba establecer definitivamente sus más preciados e irrenunciables valores con el ideal de ciudadanía universal proyectado por la Revolución francesa, como parte de un proceso de continuidad histórica que se reconoce tanto en el clasicismo grecolatino, como en el cristianismo primitivo. Asimismo, conviene decir que en la ya larga tradición utópica, el descubrimiento de América desempeña un papel central al ser la tierra utópica por excelencia: tierra de promesas infinitas y esperanzas que han querido ser implementadas de múltiples formas a través de diversos ensayos y experiencias.

En este libro, el lector encontrará una breve, pero concisa, historia de la utopía que parte de las dos más firmes raíces de la historia occidental: la cultura helénica y la tradición teológica y religiosa del antiguo pueblo hebreo. Así llega a la Modernidad como una interesante síntesis histórica que produce y promueve tanto el pensamiento utópico como un tipo particular de acción política, social e histórica. Empero, no es posible comentar a detalle toda esta interesante historia que, a partir de los pueblos antiguos, llega a nosotros por diversas vías que incluyen infinidad de movimientos y acontecimientos históricos, entre los cuales sobresalen las revoluciones que forman parte de la liberación burguesa o constitución del capitalismo; así como una serie amplia de ideales y críticas a los límites y excesos de lo que históricamente representa el capitalismo.

Rafael Herrera Guillén detecta la imprescindible carga histórica, política e ideológica que sostiene la idea de utopía, la cual tiene un cercano emparentamiento e identidad con el Humanismo. Por ello, para él, como para otros, la muerte de la utopía significa también la negación y muerte del Humanismo. Esto revela un tipo de racionalidad que en el fondo resulta incompatible, inevitable e inescrutable con la larga tradición humanista, sobre todo bajo el dominio neoliberal, el cual acentúa y magnífica, a tal grado de suprimir a las humanidades en la educación y formación

intelectual de miles de jóvenes. Ya no se trata de proyectar una educación como vía alterna para una reforma social o como ideal de un radical planteamiento ético-político. De acuerdo con la poética utópica, lo anterior significaría negar al hombre civilizado como miembro de la raza de Caín, al fundar y establecer a la ciudad en su relación espacio-temporal como la verdadera morada del hombre.

A través de la utopía se pretende reestablecer o refrendar la dignidad humana. Esto sería posible mediante el reconocimiento de cada hombre y mujer, de cada individuo, de cada uno de nosotros, como seres humanos de carne y hueso, a un sujeto o ente individual-colectivo que participa a través de su acción concreta proyectada por el trabajo en un todo social e histórico, en la institución, mantenimiento, desarrollo y conservación de un *ethos* basado en el bien común y en el bienestar social.

Resulta importante decir que la negación y supuesta muerte de la utopía encierra un problema más profundo, difícil de detectar en las relaciones de inmediatez en las que nos subsume el capital. Pues la muerte de la utopía es la negación de lograr el mayor grado posible de dignidad humana en todos y cada uno de los habitantes del planeta, de conquistar y mantener nuestra dignidad a través del trabajo que socialmente realizamos en la vida cotidiana. Nos tiene indignados el descrédito bajo el cual ha caído la idea de trabajo humano en la reciente etapa del capitalismo. Por este motivo, Herrera recuerda el papel central que cumple el concepto de trabajo como base y fundamento de cualquier proyecto utópico, es decir, como condición de posibilidad para la construcción de un sistema de vida civil radicalmente diferente al sistema de producción capitalista.

Recuperar la idea de utopía no basta, como lo han demostrado los hechos, para expresar nuestra indignación ante una realidad histórica en la que nuestras sociedades promueven la exclusión, la marginación, las altas tasas de desempleo y subempleo, y donde al parecer todo tiende a generar cuadros intolerables de pobreza extrema; sociedades que premian al crimen y la corrupción y no al trabajo honesto y creativo. Por ello, parafraseando a Ortega y Gasset se podría decir que lo importante ya no es salvar a la circunstancia y a través de ella, salvarme yo; lo urgente para todos es salvar al trabajo, pues si no lo hacemos corremos el riesgo de no salvarnos a nosotros mismos.

Es necesario reconocer el valor del trabajo, no como simple ecuación económica, sino como parte de un proyecto radical para la dignificación humana. Esto quiso llevarlo a cabo el movimiento utópico del siglo XIX a través de su íntima imbricación con los ideales socialistas. Sin embargo, en un mundo cada vez más alejado de dichos

Reseña

ideales, la cuestión que se plantea es: ¿cómo es posible salvar al trabajo cuando se ha convertido en un bien cada vez más escaso que origina la despiadada competencia, cuyo fundamento es la ideocracia neoliberal dominante?

Es necesario imaginar una alternativa a la condición entrópica en la que nos subsume el capitalismo, de otra manera sólo queda aceptar que el triunfo de la utopía neoliberal es el triunfo definitivo e impecable del capital sobre el trabajo, en el cual la simbiosis entre el Estado y el *mercado* no sólo ha significado la cancelación de cualquier eventual proyecto revolucionario formulado con las tesis ético-políticas del utopismo y del pacifismo. Éstas adquieren su verdadera legitimidad al reivindicar políticas claras y consistentes a través de la implementación real y universal fuera de todo desplante demagógico, de los derechos humanos. Lo que significaría también la derrota visible de la idea de libertad e igualdad de los modernos, por no decir del liberalismo y de la democracia promovida por esta relevante y trascendente filosofía política de la Modernidad. Así, se puede decir que la utopía de los indignados es nuestra, es decir, llevar a cabo una revolución histórica por medios pacíficos.

Es muy cierto que vivimos bajo la imprevisibilidad de un mundo cada vez más indignado, en el cual la incertidumbre se ciñe sobre nosotros y sobre nuestro propio futuro. Un horizonte para la *praxis* humana en el cual todo tiende a volverse más absurdo que nunca. Ésta es la condición real para el despliegue del escepticismo y del nihilismo en el que ya no cabe la posibilidad de pensar o fundamentar nuevos escenarios utópicos. Esto lo muestran los niveles de desempleo masivo y la caída de los viejos sistemas de seguridad y movilidad social. Por esta razón, Herrera sugiere que debemos labrar sobre la fértil tierra del pensamiento utópico, pues de otra forma seguiremos en el páramo de la pérdida de sentido en el que la historia ha sido reflexión y experiencia crítica. Para Herrera lo importante es estudiar, analizar las proyecciones, los alcances históricos y sociales que han resultado ser a la fecha los más representativos paradigmas del pensamiento utópico a través de la historia.

También se quiere romper mitos y prejuicios, pues en esto consiste la paciente labor del trabajo de reconstrucción histórica, en especial la crítica de la razón histórica. Esto no debe confundirse con vulgares ocurrencias sobre el historicismo, según las cuales, éste nos arroja inevitable y fatalmente al infierno del estatismo y, por lo mismo, al terror y al totalitarismo. Esta visión ha sido la más explotada por los neoliberales, manteniendo así en el engaño de las infinitas ventajas del mercado a generaciones de jóvenes, quienes sin un centavo en la bolsa sueñan con ser parte de

Jorge Velázquez Delgado

ese mundo excluyente y despiadado. Las últimas generaciones han encontrado en el escepticismo, la inmovilidad, el nihilismo y los juegos de Nintendo, algún mínimo refugio existencial y de sentido histórico.

Urge reformular la idea de utopía en relación con las ideas de justicia, libertad e igualdad en las condiciones del actual proceso histórico en el que nos encontramos. Empero, esto debe de hacerse considerando la refundación de la problemática del trabajo humano en las actuales condiciones de desarrollo de la dominación capitalista.

JORGE VELÁZQUEZ DELGADO*

D. R. © Jorge Velázquez Delgado, México D. F., enero-junio, 2015.

* Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, ficinos08@gmail.com